*(Mitologías Antiguas: India **1, 2, 3**)*

ANTES DE LA ANTIGUA INDIA

5º

Atlántida y Manú

Este año escucharán algunas historias de gente que vivió muy atrás en el tiempo, en los verdaderos comienzos de la historia.

Comenzaremos con la gente que vivió en la antigua India. Más adelante también escucharán sobre la gente de la antigua Persia, Babilonia y Egipto. Son todas historias de países lejanos y de hace muchísimo tiempo atrás, historias de dioses mitológicos, nobles héroes y grandes aventuras.

La gente que contó algunas de estas historias vivió hace muchísimo tiempo, tanto tiempo atrás que tendremos que contar hacia atrás diez mil años para alcanzar la época en que vivieron en la Tierra. Y en ese tiempo, hace diez mil años, el mundo parecía muy diferente. No había ciudades ni pueblos, no había gente en absoluto porque toda Europa yacía bajo una capa profunda de hielo y nieve. Todavía puede encontrarse hielo y nieve a varios metros de profundidad alrededor de los polos Norte y Sur. Pero hace diez mil años, todo sobre, por ejemplo, Inglaterra, Francia, Alemania y Noruega era parecido a eso. Todos los países de Europa estaban cubiertos de hielo y nieve, y así nadie podía vivir en esa parte del mundo.

Pero había partes del mundo más templadas. Hoy día, entre Europa y América, hay un enorme y ancho océano. Aún los barcos más rápidos necesitan cuatro o cinco días para cruzar este océano, mientras que los más lentos tardan más de una semana. Este vasto océano de grandes y bravías olas entre Europa y América se llama el océano Atlántico. Pero diez mil años atrás había una enorme isla en el medio del océano Atlántico. Era mucho más grande que la isla de Inglaterra, y cuando una isla es muy, muy grande no se la llama isla, sino continente. Australia, por ejemplo, es una isla tan grande que se la llama continente.

Donde hoy sólo hay una inconmensurable superficie de agua del océano había una vez un gran continente que era conocido como la Atlántida. Pero ya no está más ahí. La Atlántida ha desaparecido y ahora van a escuchar cómo ocurrió esto.

En Atlántida no había ni hielo ni nieve, era mucho más cálida, las plantas crecían y la gente y los animales podían vivir juntos. Pero de haber tenido que vivir en la Atlántida no les hubiera gustado mucho ya que todo el continente estaba cubierto de niebla y bruma durante todo el año. Había también remolinos de niebla; por eso, la gente de la Atlántida nunca podía ver un cielo azul o un sol brillante y, ciertamente, nunca veían el arcoíris, ya que un arcoíris sólo es visible cuando al final de una lluvia hay un espacio claro de cielo.

Por supuesto que a la gente que vivía en la Atlántida no le preocupaba ni la niebla ni la bruma, se habían acostumbrado a ellas, igual que la gente que nace en África está acostumbrada al intenso calor.

Escucharon que todo el mundo entero era diferente, hielo y nieve cubría Europa, mientras el gran continente de la Atlántida estaba envuelto en el misterio de la bruma.

Pero la gente que vivía en la Atlántida era también diferente a nosotros en varias maneras. Tenían poderes que nosotros ya no tenemos, tenían poderes que podríamos llamar 'mágicos.' Por ejemplo, tenían el poder de hacer crecer las plantas más rápido o más despacio. Piensen solamente qué conveniente sería eso para un granjero, hoy en día, si pudiera hacer crecer sus cultivos más rápido o parar la maduración del trigo cuando llueve durante muchos días. Hoy el granjero tiene que esperar a la naturaleza, no puede acelerar o retardar el crecimiento de su trigo.

Pero hace diez mil años atrás la gente tenía poderes para hacer crecer a los animales más grandes o más pequeños. No tenían perros o gatos como tenemos ahora, pero si querían que su vaca doméstica fuera del tamaño de nuestros perros, podían hacer que fuera pequeña; y si deseaban una vaca tan grande como un elefante, también podían hacerla crecer tanto como quisieran. Por supuesto, estos maravillosos poderes podían también ser mal usados, podían ser usados contra otras personas de una manera muy cruel.

Ahora bien, en la Atlántida era normal para un rey o un hombre rico ser dueño de muchos esclavos y tales esclavos nunca podían abandonar a sus amos: un esclavo pertenecía al dueño como una vaca o un buey pertenecen al granjero. Y si servía a un rey u hombre rico, podía usar estos poderes mágicos para el crecimiento de la talla normal de esta gente. Tal hombre podía, por ejemplo, hacer pequeños a los niños esclavos, de modo que parecieran enanos. O si un rey deseaba hombres grandes para ser soldados y guardaespaldas, hacía crecer a los niños dos veces su tamaño normal. Eran hechos para crecer como gigantes.

Así pueden darse cuenta cómo el uso de estos poderes trajo mucho sufrimientos, porque es muy malvado cambiar el tamaño o la forma normal del cuerpo humano. Pero también vivía en Atlántida un hombre bueno y sabio cuyo nombre era Manú. Él nunca usó sus poderes mágicos para cambiar la forma natural de otras personas. Le ponía muy triste ver como el mal uso de la magia causaba gran infelicidad cuando se le impedida a la gente crecer a su tamaño y forma naturales.

Cuando Manú se entristecía a menudo iba a las orillas de un pequeño arroyo. Un día, cuando estaba sentado frente al arroyo mirando dentro del agua, vio un pequeño y delgado pez nadando de aquí para allá tratando de escapar de un gran pez. A Manú no le gustaba ver sufrir a ninguna criatura y se inclinó, vacilando sobre qué podía hacer para ayudarlo. Entonces ocurrió algo extraño, aquel pequeño pez habló. Le dijo:

—"Ayúdame, protégeme y te recompensaré. ¡Sácame del arroyo y ponme en de agua y nunca te arrepentirás!

El gran pez estaba ya abriendo su boca para tragarse al pequeño cuando Manú lo sacó y se apresuró a ir a su hogar y colocó al pequeño pez en un lugar de agua fresca. Lo

cuidó y alimentó y creció muy rápidamente. Pronto el lugar quedó muy pequeño y Manú lo colocó dentro de un gran tanque de agua. Pero seguía creciendo y cuando el tanque quedó demasiado pequeño, el pez volvió a hablar y dijo:

—"Llévame al gran río".

Manú lo llevó hacia el río, pero ahora era muy pesado. Entonces el pez volvió a hablar y dijo:

-"Vritá, vuelve pronto porque creceré aún más y necesito tu ayuda".

Cuando Manu volvió pocos días más tarde aquel pez hablador maravilloso había crecido aún más grande. Y el pez le dijo:

—"Si me quedo aquí, pronto seré tan grande que llenaré el río y desbordarán sus orillas. Deseo que tú me lleves al océano".

Ahora era una carga muy pesada llevar a aquel pez. Ahora Manú sabía que este no era un pez corriente sino un mensajero de dios. Y así él hizo lo que le pidió. Cuando Manú puso al pez en el océano, éste habló una vez más y dijo:

—Ahora ha llegado el tiempo de tu recompensa. Sabes, entonces, sabio Manú, que esta gran isla de la Atlántida está condenada; muy pronto la lluvia caerá como nunca antes había caído. Durante semanas y semanas. meses y meses, lloverá, lloverá y lloverá. El agua de los ríos y el agua del océano crecerán y toda la Atlántida se hundirá. Y esto será el fin del poder mágico, el cual la gente de la Atlántida ha usado tan mal. Pero tú, sabio Manú, deberás empezar a construir un gran arca de madera. Y sobre este arca deberás llevar contigo solamente gente que no haya usado mal sus poderes o aquellos que no tienen poderes mágicos en absoluto. También deberás llevar contigo semillas de cada planta y cuando el arca de madera esté lista, yo vendré otra vez a ayudar".

Manú obedeció y comenzó a construir el gran arca de madera. También encontró hombres y mujeres que no habían usado la magia con fines perversos y gente que no tenía tales poderes. Y apenas la había terminado cuando la lluvia comenzó a caer y las aguas a crecer. Pero *¿de dónde provenía todo el agua que caía como lluvia? ¿Recuerdan que les conté sobre la nieve y el hielo que cubría a Europa?*

En aquellos tiempos el sol comenzó a brillar con más fuerza que nunca. El hielo y la nieve comenzaron a derretirse y una gran cantidad de agua desembocó en el océano. Ese agua se elevó como vapor y se convirtió en nubes y de las nubes cayó la lluvia. Cayó continuamente y el agua en el océano creció sin parar.

Manú y la gente que él había reunido se apresuró a subir al arca de madera. Entonces el pez reapareció otra vez, pero ahora había crecido tan grande como una ballena, que es tan grande como una casa. Y dijo:

—"Toma una soga grande, ata un extremo al arca y el otro a mi cola, y les llevaré a ti y a tus compañeros a una nueva tierra. Allí podrán comenzar de nuevo sin poderes mágicos, que sólo trajeron sufrimiento a la gente".

Y así sucedió. Manú y su gente navegaron tirados por el gran pez hasta que cayó toda la lluvia tal como el pez había dicho. El agua del océano se elevó más y más alto, hasta que toda la Atlántida fue cubierta por el mar. Desde entonces, la Atlántida ha permanecido profundamente hundida bajo el océano.

Hasta el día de hoy, el océano donde estaba la Atlántida es llamado océano Atlántico. Pero el gran calor del sol que causó la gran inundación también derritió todo el hielo y la nieve que había cubierto Europa.

Así se convirtió en una tierra donde podían crecer las plantas y la gente podía vivir. Durante un largo tiempo no hubo gente y sólo estaba cubierto de bosques.

El gran pez llevó el arca con Manú y su gente a bordo a un lejano país llamado India. Fue un largo viaje de muchos meses. Navegaron en la densa lluvia que hundió la Atlántida, pero mientras seguían navegando, la lluvia cesó y pudieron ver por primera vez un cielo azul.

Manú y sus compañeros sólo habían conocido la niebla y la bruma de la Atlántida, pero la lluvia hizo desaparecer toda la neblina. Cuando paró, ellos vieron el cielo claro por primera vez, y en un arco a lo ancho del cielo azul había un hermoso arcoíris.
Así, con el arcoíris sobre sus cabezas, el primero que los hombres habían visto, Manú y sus compañeros arribaron a la India.

El caballo del rey Sagara

Escucharon la historia del sabio Manú y su gente, y de cómo escaparon de la terrible tragedia que cayó sobre la Atlántida, y cómo el gran pez los llevó a una nueva tierra, llamada India.

En India, Manú y sus compañeros tuvieron que comenzar de nuevo. Pero no pudieron usar sus poderes mágicos para hacer crecer más rápido o más lentamente las cosas. En vez de ello tenían que trabajar duramente, plantar las semillas y esperar al sol y la lluvia. La cosas sólo crecerían y madurarían en la época justa. Sin embargo, en la India el clima y las estaciones son diferentes. Ahí no se dan las cuatro estaciones que conocemos: primavera, verano, otoño, invierno. En la India sólo hay tres estaciones: la estación calurosa, la estación húmeda, y la estación fresca.

Durante la estación de calor, el sol brilla muy fuerte, y hace mucho calor; durante meses y meses no hay una sola nube en el cielo. La tierra se calienta y las plantas se marchitan y mueren. Por las noches el calor es tan fuerte que ni personas ni animales se

mueven. Están echados y descansan donde sea que encuentren una pequeña sombra. Hace tanto calor que si se coloca un huevo crudo sobre una piedra al sol en quince minutos está bien cocido.

Después de tres o cuatro meses de calor, aparecen las primeras nubes y pronto todo el cielo está cubierto de nubes oscuras. Hay relámpagos, poderosos truenos, y entonces cae la lluvia, pero esa lluvia no es como las que conocemos, cae abundantemente en capas de agua, y solamente se puede ver a unos pocos metros. Llueve y llueve durante varias horas cada día, y cuando las aguas caen, las plantas comienzan a crecer. Al cabo de unos pocos días la tierra está cubierta de una alfombra verde, hay nueva vida por todos lados.

Unos pocos meses más tarde llega a su fin la estación húmeda. La lluvia cesa y el cielo se aclara. Ahora viene la estación más placentera, la estación fresca. Esta estación de la India es como un calor de verano en Europa, pero es aún agradable y cálido comparado con la estación calurosa. Tres meses más tarde, los días comienzan a hacerse calurosos y más calurosos y así vuelve a comenzar la estación ardiente.

Ahora Manú y sus compañeros tenían que observar esas estaciones muy cuidadosamente. No sería prudente plantar las semillas de sus cultivos en la estación calurosa porque morirían por el fuerte calor del sol. Tenían que plantar sus semillas justo en el comienzo de la estación húmeda porque es la lluvia la que trae nueva vida a las plantas.

Manú también enseñó a sus compañeros a levantar la mirada a los cielos y adorar a los dioses que traen las estaciones. Él les dijo:

—"Así como hay una estación de lluvias que da vida a todas las cosas, así en los cielos el dios supremo creó el mundo y le dio vida, y este dios supremo es llamado Brahma. Así como las plantas crecen y maduran en la estación fresca después de la lluvia, así hay otro dios que cuida del mundo que Brahma ha creado. El segundo dios que protege la vida es llamado Visnú. Y el tercer dios que es como la estación ardiente, la estación calurosa cuando las plantas se marchitan y mueren, es llamado Shiva".

Tal como la gente que vino a la India donde había tres estaciones, así ellos también levantaban la mirada a los tres dioses. Brahma, el dios Supremo que creó todas las cosas, Visnú, que cuida y protege todas las cosas, y Shiva, el que destruye todo lo que debe marchitarse y morir para dejar espacio a la nueva vida.

En aquellos días la gente no sólo adoraba y rezaba a los dioses, sino que también les hacían sacrificios. Por ejemplo, cuando un campesino había recolectado su cosecha tomaba un poco de harina y hacía algunos pastelitos, los llevaba a un altar de piedra en donde estaba ardiendo un fuego y colocaba los pastelitos dentro de las llamas y mientras se consumían, agradecía a los dioses por la bendición y pedía una buena cosecha el próximo año. Y cuando más sacrificaba un hombre en las llamas del altar, más bendiciones y buena fortuna le mandarían los dioses.

La gente de la India que consideraban a Brahma, Visnú y Shiva y les hacían sacrificios estaban muy orgullosos de contar historias sobre grandes maravillas, historias muy imaginativas.

Uno de estos extraños y fantásticos relatos hablaba sobre un rey que deseaba sacrificar un caballo blanco a los dioses. El nombre del rey era Sagara, era un rey fuerte y poderoso que tenía muchas esposas, y de estas mujeres tantos hijos que uno apenas podía contarlos. Tenía tantos hijos que formaban un ejército.

El rey quería hacer un gran sacrificio a los dioses, un sacrificio especial, así como pago los dioses tenían que concederle cada deseo.

Él tenía hermosos caballos y decidió que el más hermoso de ellos, un semental blanco nieve, sería matado y quemado en el altar.

Pero los dioses Brahma, Visnú y Shiva no querían concederle al rey Sagara cada deseo, ni tampoco querían el sacrificio del semental blanco. Por lo tanto, la noche anterior al día del sacrificio, el dios Visnú bajó a la Tierra y tomó la forma de un ser humano, robó el semental, se lo llevó lejos, y lo escondió donde nadie podía encontrarlo.

Al día siguiente hubo gran revuelo cuando el caballo blanco no se encontraba por ningún lado. El rey Sagara estaba furioso y reunió a todos sus hijos y les dijo:

—"Vayan y busquen por todos lados a mi caballo blanco".

Los príncipes fueron a buscar por todas partes, pero no pudieron encontrarlo. Cuando regresaron y le contaron a su padre de que ellos habían buscado en vano, éste les ordenó:

—"Entonces caven profundo en la Tierra, quizás el ladrón escondió el caballo en una cueva en las profundidades".

Y cada hijo tomó una pala y comenzaron a cavar hoyos, muchos hoyos. Cavaron más y más profundo dentro de la Tierra, tan profundo que dolía y la tierra se quejaba de dolor al dios Brahma. Entonces Brahma le habló a Visnú y le dijo:

—"Tú eres el protector, ve abajo y protege a la Tierra de los hijos del rey Sagara".

El dios Visnú descendió otra vez a la Tierra y pudo oírla llorando con dolor por los grandes hoyos que los muchos hijos del rey Sagara habían cavado en su búsqueda del caballo.

Visnú, que no quería asustar a los príncipes como su verdadero majestuoso dios, apareció ante ellos como un hombre y les habló:

—"No molesten a la madre Tierra con sus inútiles excavaciones. El caballo no está en las profundidades. Yo soy el único que conoce dónde está el caballo blanco del rey Sagara".

Cuando los hijos de Sagara le escucharon decir que él sabía dónde estaba escondido el caballo, gritaron:

—"¡Aquí está el ladrón que ha robado nuestro caballo!"

Y todos juntos se abalanzaron sobre el hombre y lo atacaron con sus palas. Pero Visnú es un dios, no un hombre. Cuando las palas lo tocaron saltó una ardiente llama roja. En un instante, todos los príncipes fueron quemados hasta quedar sólo cenizas. Pero su suerte fue aún peor que haber sido reducidos a cenizas.

Cuando la gente muere de vejez o enfermedad o en batallas, sus almas abandonan sus cuerpos y se elevan al cielo. Pero los hijos de Sagara atacaron, sin saberlo, a un dios. Aunque no sabían que estaban haciendo algo malo, como se habían vuelto contra un dios,

sus almas no pudieron ascender al cielo y tuvieron que quedarse con las cenizas de sus cuerpos.

Aunque Visnú mismo sintió pena por ellos, ni siquiera él, el dios, pudo hacer nada. Sólo había una cosa que podía ayudar a las almas de los príncipes a subir al cielo y más adelante sabrán qué es.

Cuando la triste noticia de la muerte de los príncipes fue llevada al rey Sagara, él lloró lágrimas amargas. Llamó a su nieto Anshuman y le pidió que fuera y recogiera las cenizas. El nieto se marchó y, después de una larga búsqueda llegó al lugar donde la llama de Visnú había quemado a los príncipes y sus cenizas cubrían el terreno.

Cerca de allí, en una roca, posaba un gran águila como si estuviera haciendo guardia sobre todo lo que quedaba de los hijos de Sagara. Cuando el nieto se acercó el águila le habló y dijo:

—"De Brahma, el Señor y Creador, tengo un mensaje para el rey Sagara. Gran tristeza ha venido hacia él no solamente por sus hijos que han sido muertos por el fuego de Visnú, sino por sus almas que están aprisionadas en las cenizas de sus cuerpos y no pueden elevarse al cielo. A pesar de esta tristeza, gran júbilo puede venir porque es la voluntad de Visnú que estas almas puedan con el tiempo elevarse al cielo y ser amigas y compañeras del propio Visnú".

Entonces el nieto preguntó:

—"¿Cómo puede suceder esto?" El águila respondió:

—"Puede ocurrir de esta manera: lejos, en el norte de la India están las más altas y poderosas montañas del mundo. Ellas son llamadas los Himalayas, que significa "el hogar de la nieve". El tope de estas montañas llega hasta dentro de las nubes; nieves eternas y hielo cubren las cumbres y pendientes.

-"Aquellos que han tenido la buena suerte de haber contemplado la pura y blanca belleza de los Himalayas dicen que nada en el mundo puede ser comparado a su majestuoso brillo". El águila continuó:

—"De la pureza de la nieve de los Himalayas proviene un río llamado Ganges. Sus aguas bajan en torrente las pendientes, brincando y bailando en cascadas sobre precipicios y rocas, bajando hacia el valle, desembocando en un poderoso río que fluye a través de bosques y claros y praderas hacia el océano. Puras y claras eran las aguas del Ganges, tan puras como la nieve de donde proviene. Pero tan hermoso era el río, que los dioses lo deseaban para ellos mismos. Lo sacaron de la Tierra y lo llevaron hacia la ciudad celestial, donde sólo los dioses y las almas de la buena gente pueden disfrutar de su belleza".

-"Sí, el río Ganges, el hijo de los Himalayas puede ser devuelto a la Tierra; y si las cenizas de los príncipes son echadas en él, el agua pura lavará todos los pecados, todas las equivocaciones que los príncipes hicieron. Sus almas, entonces, se elevarán hacia Visnú que las recibirá con alegría.

-"Lleva de regreso las cenizas al rey Sagara. Dile que de su nieto vendrán hijos y de ellos otros hijos. Uno de ellos será tan grande y tan bueno que será capaz de traer de vuelta al río Ganges, el hijo de los Himalayas, a la Tierra. Entonces, él liberará las almas de los príncipes aprisionados en sus cenizas".

Así habló el águila; entonces desplegó sus poderosas alas y se elevó en el aire. El ave voló más y más alto hasta que el nieto del rey Sagara no pudo seguir viéndola.

Y como le habían dicho, recogió las cenizas y las colocó en un cofre dorado que había llevado consigo. Cuando hizo esto, vio cerca al blanco semental pastando pacíficamente. El niño llevó de regreso la caja dorada y el caballo al rey Sagara.

Cuando Sagara escuchó el relato de que un día todos sus hijos serían compañeros de Visnú ya no estuvo más triste. Rogó humildemente de que no pasara mucho tiempo hasta que él y sus hijos se encontraran en la ciudad celestial donde Brahma, Visnú y Shiva viven.

Cuando Sagara murió, su nieto se hizo rey y después de él, su hijo fue su seguidor. Así se acercaba el momento en que el río Ganges sería traído de vuelta a la Tierra, tal como el águila había pronosticado.

Bhaguiratha y el río Ganges

De la historia del rey Sagara que deseaba sacrificar su caballo aprendieron también algo sobre la tierra de la India. Recordarán que es un país muy caluroso donde nunca hay invierno. Pero también escucharon que están las montañas llamadas Himalayas, las más altas del mundo. Y en las tan aterradoras cumbres nieve y hielo nunca se derriten. Imagínense qué curioso que es esto. Abajo, al pie de las montañas, puede existir la sofocante fiereza calurosa de la estación del verano pero, arriba, en las cumbres, es invierno eterno. Es una hermosa vista para los viajeros que observan desde el calor ardiente de las llanuras indias, ver en la lejana distancia, una enorme cordillera cubierta de nieve, cimas de blanca pureza.

De esta nieve provienen las aguas del hermoso río Ganges, aquel gran río cuyos dioses amaban tanto que se lo llevaron de la Tierra hacia la ciudad celestial. Solamente las aguas del río Ganges podrían liberar a las almas de los hijos de Sagara de las cenizas de sus cuerpos.

Ahora bien, escucharon como el rey Sagara falleció y su nieto se hizo rey; al morir éste, le sucedió su hijo; a cada rey que le tocaba gobernar les daba mucho que pensar las cenizas que descansaban en el cofre dorado y cada uno se preguntaba qué podía hacer para traer de regreso a la Tierra al río Ganges y así ayudar a las pobres almas de los príncipes.

Después de muchos, muchos años y muchos, muchos reyes, vino un rey cuyo nombre era Bhaguiratha. Era un rey que se preocupaba muy poco por el esplendor y pompa en que vivían los reyes en aquellos tiempos. A Bhaguiratha no le importaban los tesoros de oro y joyas, o los cientos de sirviente listos para obedecer cualquier orden. Tampoco se preocupaba por el gran palacio o de los esplendorosos jardines llenos de flores y dulces frutas. De lo que sí se preocupaba era de las pobres almas de los príncipes aún atadas a las cenizas en el cofre dorado. Bhaguiratha pasaba muchas horas en profunda plegaria cada día pidiendo a los dioses que le mostraran un camino para ayudar a los príncipes y liberar sus almas.

Un día estaba rezando cuando el dios Shiva apareció ante él. Cayó al suelo y se cubrió la cara con las manos porque los rayos de luz que venían del dios le dañaban sus ojos. Entonces, Shiva habló y le dijo:

—"No temas, rey Bhaguiratha, vine a ti para contarte cómo pueden ser liberadas las almas de los hijos de Sagara y cómo el hermoso río Ganges puede ser devuelto a la Tierra. Nosotros los dioses tenemos poderes más allá que ningún ser humano podría tener. Tenemos poderes sobre la vida y la muerte. El océano nos obedece y las tormentas siguen nuestras órdenes. Ahora bien, también los dioses están atados a reglas. Pero si un hombre deja de lado todos los placeres que puede tener en la vida, si un hombre se niega a sí mismo de todo lo que le gusta fuera de su propia libre voluntad, si un hombre vive sin una casa, sin dinero, sin diversiones, sin confort, sin familia o sirvientes, por tal hombre aún nosotros, los poderosos dioses, debemos hacer cualquier cosa que él requiera de nosotros".

Shiva continuó:

—"Si tú, rey Bhaguiratha, quieres llevar una vida sin placeres o posesiones, no por una semana o un mes, sino por varios años, entonces tú puedes pedir a los dioses que traigan el río Ganges de vuelta a la Tierra y ni siquiera Brahma puede rehusar tu deseo".

Entonces Shiva desapareció y el rey Bhaguiratha se propuso ser el tipo de hombre que el dios había descrito. Les comunicó a sus ministros que gobernaran el reino y él abandonó el palacio y los placeres de la corte para vivir por sí mismo en lo profundo del bosque.

Su ropa era sólo un pedazo de tela áspera, dormía bajo los árboles en el suelo desnudo y comía nada más que raíces y bayas que encontraba en el bosque. Bhaguiratha no tenía techo cuando caía la lluvia y ningún resguardo contra el sol ardiente. Su cabello y barba crecieron largos y apenas veía a otro ser humano.

Los bosques de la India están llenos de animales salvajes, manadas de elefantes rompen su camino a través de los árboles, tigres se abalanzan sobre su presa, serpientes venenosas se deslizan en el suelo y serpientes gigantes que pueden estrangular a un buey acechan en los árboles. Pero el rey no tenía armas para protegerse o defenderse. En todos esos años que vivió en el bosque solo y desarmado nunca sintió ningún miedo y ninguno de los animales salvajes lo atacaron.

Cada día Bhaguiratha pasaba muchas horas rezando. Los campesinos que vivían en una aldea cerca del bosque a menudo hablaban del hombre santo o ermitaño, como lo llamaban. A veces dejaban un cuenco con leche donde sabían que él lo encontraría; él no habría aceptado otro tipo de comida.

Y así pasaron los años hasta que un día, estando el ermitaño rezando, se le apareció Brahma frente a él. Pero ahora Bhaguiratha no se cubrió los ojos porque los años de vida dura y plegarias le dieron la fortaleza de mirar a los dioses. Brahma le habló:

-*"Dime cuál es tu deseo más querido y yo te lo daré"*.

El ermitaño contestó:

—*"Mi deseo más querido es que el río Ganges sea traído de nuevo a la Tierra para que fluya desde las alturas de los Himalayas a través del país de la India"*.

Brahma, que hubiera querido quedarse con el hermoso río hijo de los Himalayas en su ciudad celestial, no pudo rehusarse al deseo del ermitaño Bhaguiratha. Pero había una dificultad: si el poderoso río caía directamente desde el cielo podría destrozar las montañas y formar un profundo pozo en la tierra. Por lo tanto, el dios Shiva, con su gran fuerza, atajó al río justo antes de que tocase el suelo. Después lo colocó suavemente en su curso desde los Himalayas, a través de la India, hacia el mar.

El ermitaño Bhaguiratha volvió al palacio donde una vez había vivido y tomó el cofre dorado, tiró las cenizas de los hijos de Sagara en el Ganges y sus almas volaron y se unieron al dios Visnú.

Cuando el ermitaño se bañó el río, su alma abandonó su cuerpo y se dirigió hacia Brahma.

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Otras historias sobre ***la Antigua India*** *se encuentran todas juntas en el enlace:*
https://ideaswaldorf.com/antigua-india-c-k/